



II CERTAMEN DE RELATO BREVE 2019

RELATOS PREMIADOS



**Colegio Oficial
de la Psicología
de Madrid**

**DALE
UN
GIRO
ATU
VIDA**



II CERTAMEN DE RELATO BREVE 2019



Depósito Legal: M-36175-2019

ISBN: 978-84-87556-87-6



La gran acogida que tuvo tenido la Primera Edición del Certamen de Relato Breve «Dale un giro a tu vida» nos animó a convocar la Segunda Edición, que ha vuelto a tener una alta participación.

Este Certamen está enmarcado dentro del Área «Espacios Culturales» que creó el Colegio Oficial de la Psicología de Madrid, para desarrollar este tipo de actividades.

Un jurado compuesto por Juan Carlos Fernández Castrillo, Javier Ruiz Taboada y Antonio F. Figueras y que yo misma presidía, tuvimos el placer de leer los trabajos presentados y la difícil labor de seleccionar los cinco relatos premiados.

El certamen ha tenido una gran acogida por parte del colectivo de psicólogas y psicólogos de todo el territorio español; 43 relatos han concursado, todos de una encomiable calidad, lo que nos anima a mantener estas iniciativas culturales y convocar posteriores ediciones.

Expreso mi satisfacción por formar parte de esta bonita tarea, el agradecimiento a los todos los participantes y la felicitación a los premiados.

María Antonia Álvarez-Monteserín Rodríguez

Presidenta de Honor del Colegio Oficial de la Psicología de Madrid

FINALISTA



II CERTAMEN DE RELATO BREVE 2019

MODERNECES

César A. García Beceiro

De todos los vampiros que conocí en aquellos años, y fueron muchos, Plokk era el más sorprendente. Se adaptaba con gran facilidad a las costumbres humanas. Le encantaba, por ejemplo, el olor a ajo.

No era creyente, pero no faltaba nunca a la misa de una, los domingos. Y su buen talante, su figura bonachona y constante buen humor le hacían popular entre los parroquianos (y las parroquianas, yo tampoco era una excepción). Tenía, sin embargo, algunos dejes de su vida anterior.

Dormía en un ataúd monísimo que se hizo a medida, eso sí, en el fondo, nada de tierra transilvana, un buen colchón, viscoelástica, de la buena, que se acoplaba al cuerpo sin que se hundiera demasiado. Era, en todo caso, un vampiro moderno.

Lo conocí pues, en aquel pueblo de Ortegal, a donde había ido a perderse, huyendo de todo. Trabajaba y vivía en el faro, así que tiempo libre no le faltaba. Solía dejarse caer a la tarde por el bar. Rodeado de gente, contaba sus batallitas pasadas. En eso era muy apreciado. Como no gustaba de la cerveza ni el vino, sorbía una horchata toda la tarde, a sorbitos cortos.

Cuando decía entre bromas que mejor beber esto que no lo otro, la gente se reía a carcajada viva, no le tomaban en serio. Era todo un personaje que no se sentía a gusto con su naturaleza. Se podría decir que era un transgénero. O transespecie en este caso.

Un gallego en cuerpo de vampiro... o viceversa. Su propia familia le había echado de casa cuando llegó un día (una noche) y dijo que había comprado cincuenta kilos de chufas a una empresa valenciana al por mayor.

Quiero quitarme de la sangre y fabricar mi propia horchata, les dijo. Esto fue demasiado para ellos que lo señalaron desde entonces como el garbanzo negro. Un vampiro abstemio, ¡una modernéz intolerable!

Esa misma noche pues, dejó atrás a su familia; una familia de vampiros muy bien situada: su padre, presidente de una Caja de Ahorros; un hermano, directivo de Telefónica, y su madre, vicepresidenta de la Cámara de comercio, para irse a vivir a la Alboraya, a iniciar su nueva vida.

Y así vivió unos años. Alimentándose únicamente de horchata, eso sí, de primera calidad. Pero como no se acababa de adaptar al calor, finalmente vio un anuncio en el teletexto (no era moderno para todo) para trabajar en un faro. Y no se lo pensó.

Cuando compareció en el pueblo quiso ser sincero, se presentó como un vampiro arrepentido, anónimo, que humildemente quería rehacer su vida. Al principio chocó mucho esto. No le cogieron.

A la boticaria le gustó mucho pero al alcalde le pareció que era un cachondo mental, un gracioso que lo que quería era tomarles el pelo. ¡Que no, leche! No podían acoger a alguien así. ¡Por encima de mi cadáver! —decía el alcalde a voz en grito. No hizo falta tanto.

En las siguientes elecciones, la boticaria salió elegida por un puñado de votos. Y como los candidatos elegidos no tardaban en renunciar al poco tiempo, hartos del tiempo galiciano siempre nublado, plomizo y húmedo, Plokk acabó haciéndose con el puesto. El que insiste, gana.

A los tres meses ya estaba plenamente adaptado. Sin embargo su alimentación no mejoraba. Su dieta básica seguía incluyendo exclusivamente horchata. Como era muy popular entre las mozas del pueblo, las madres andaban a la caza, y lo invitaban a comer pero él se excusaba, decía que los vampiros modernos no pueden tomar alimentos de humanos, que tenía informes médicos que lo desaconsejaban. A las madres esto de los informes médicos les parecía una paparrucha, y más que hacerlas desistir las espoleaba.

—Tiene muy buena pinta, —decía. Pero es que al ser vampiro, usted me excusará...

De toda la gastronomía local, a lo único que se aficionó fueron los pimientos de padrón que mi padre cultivaba y llevaba años embraveciendo. Presumía de que el dicho de que “unos pican e outros non”, no valía para él, en su huerto, “todos sí, y a rabiar, ¡y punto!”.

Discúlpeme que no haya comentado hasta ahora que la nueva alcaldesa era yo, y mi padre, el alcalde saliente. Y debo admitir, que mi conocimiento de la viscoelástica no era teórico, si no de primera mano. Llevaba apenas seis meses cuando empezamos a salir.

Era muy meloso. A mí su naturaleza vampírica me daba igual. Al fin y al cabo ya casi no quedaban mozos en el pueblo, y los que me habían rondado cuando jovencita, Anxo y Yago los hijos del vaquero, que eran gemelos e igual de zopencos no me decían las cosas que me decía Plokk.

Cuando paseábamos por las lindes, entre zarzas y hierbabuena (en el pueblo no había muchos sitios donde pasear) me decía con ojos acaramelados “Lúa, no he visto nunca un cuello como el tuyo”.

La relación caminaba firme. Y mi padre, que estaba empezando a olerse lo de la viscoelástica, quiso que el señor Casto, el párroco de Teixido, formalizara la relación. Así conocí a su familia. Vinieron todos, hasta las primas lejanas, no porque le perdonaran, o quisieran compartir con él ese momento. Si no, para ver con sus propios ojos quién era la pánfila que aguantaba a su hijo. Y ahí aparecieron; todo emperifollados, con ese aire gótico de los vampiros antiguos, que allí en el pueblo, en fiestas, tampoco desentonaba tanto.

Por supuesto no perdieron el tiempo y aprovecharon el viaje para colarnos varias domiciliaciones y contratos de telefonía con el ayuntamiento, a condiciones ventajosísimas, decían. Los vampiros modernos te sangran igual, pero te enteras más tarde.

Las cosas nos han ido bien.

En noviembre, si Dios padre y la Virxe de Pastoriza nos lo concede, tendremos nuestro undécimo hijo, y eso que Plokk se hizo la vasectomía con el quinto. No se ha visto por la región, ni en Loiba, ni aun en Ponte de Mera, una cosa igual. Mi padre está convencido de que son sus pimientos.

FINALISTA



II CERTAMEN DE RELATO BREVE 2019

DISTANCIA

José María Grande González

Han pasado unos cuantos años, pero apenas hemos cambiado. Yo he seguido callando y tú con tus cosas. Ahora, en las veladas con amigos, para seguir teniendo protagonismo, en vez de contar anécdotas entre la verdad y la fantasía te gusta exhibir nuestra intimidad, dejas entrever que después de tantos años seguimos siendo una pareja feliz. Tú hasta te lo crees.

Ellos se sorprenden, dan muestras de admiración y te felicitan. Detallas nuestro último viaje; las excelencias del hotel al que me llevaste; las maravillosas vistas desde la habitación; el buen vino de la comida y, como colofón, las venias del sexo de sobremesa con especial mención a tu vigor.

Los varones te ríen las ocurrencias: es lo que buscas. Ellas no. Ellas me miran para saber si hay algo que festejar. No lo hay. Se dan cuenta de que algo no va, que hay distancia.

Lo que nos separa no es medible en metros o kilómetros; no busques por ahí. Es un desamor de escarcha que no sé cuándo comenzó. Pudo ser aquel día que volvíamos de viaje, todavía no teníamos al niño, yo estaba muy cansada, griposa, deseaba llegar y sin deshacer las maletas meterme en la cama.

Tú tenías otros planes. La disculpa para parar, la de siempre, que tenías que mear. Y, ya de paso, comer algo, cosa de diez minutos. Te dije que quería llegar cuanto antes, que no me encontraba bien. Te dio igual. Te detuviste en una estación de servicio de la que partimos hora y media después.

La desconsideración ni siquiera daba para un enfado. Esa noche, sentada en aquel bar de carretera esperando que te comieras el montadito de lomo, mientras mirabas las previsiones meteorológicas en televisión y pegabas hebra con el camarero riéndote de tus propias gracias, sentí que aquello era algo más que otro de tus caprichos.

Sentí que era un desprecio, que se abría una grieta entre nosotros. Sí, una grieta. No hablé el resto del camino, pero tú ni te enteraste, ibas a lo tuyo, canturreando la música que ponías o haciendo planes para el próximo fin de semana.

Después, no sé cuándo, un día, un mes, o quizás fue una semana antes..., me reprochaste que no estaba hecha la comida. Nada nuevo, me lo habías hecho más veces. Mientras ponía la mesa en silencio, tú veías el telediario. “¿Dónde has estado?” Me preguntaste. Si me hubieras mirado te habrías dado cuenta que había llorado.

Claro que si me hubieras escuchado cuando te lo dije sabrías que había ido a ver a mi madre moribunda, a despedirme otra vez porque no sabía cuántos días le quedaban. No me callé, te contesté que, aunque no comieras a tu hora, no te ibas a morir.

Tú me echaste en cara que no tenía otra cosa que hacer. Haberla hecho tú, te dije; entonces te levantaste como una exhalación, me empujaste y sentenciaste: “sólo faltaba eso, preocuparme también de la comida, aquí el que trae el dinero soy yo”. No tuve fuerza para responder. Me pareciste patético.

Aquello no era sólo otra salida de tono más, era una infamia. Por la noche, sin disculparte o disculpándote a tu manera, te acercaste medio ñoño, como haces siempre que me has humillado y tienes ganas de sexo. Me presté al juego como otras veces y supongo que te haría algo sin ganas. Pero a ti te da igual que sea por deseo o por obligación, el caso es que te lo hagan.

Hay otras cosas que también distancian, cosas que una va aceptando y acaba acostumbrándose. Por ejemplo, nunca has venido con el niño al médico. No sé de qué me extraño si jamás me has acompañado a mí. Siempre tienes algo que hacer, aunque sea echarte la siesta.

Una noche tuve que irme a urgencias en un taxi mientras tú te quedabas viendo aquel programa de la tv “tan interesante”. ¿Cómo se llama eso? ¿Egoísmo? ¿Desfachatez?, te lo digo yo, se llama ruindad. “Un cólico. ¡Ya te dije que no era nada!”. El mezquino siempre escatima para no malgastar su miseria. Sin embargo, tú, aunque sea para una exploración rutinaria, quieres que esté a tu lado.

Eso no es amor, no te equivoques, es miedo. “Me acompañas y así te das una vuelta”, dices. Me admira cómo utilizas el interés de los demás en tu provecho sin levantar sospechas. No he sabido verlo hasta que ya era tarde.



Cuando comenzamos a salir e íbamos al apartamento de tu amigo, me hacías bajar a por los preservativos “y, ya de paso te subes unas cervezas, ¡ah! y una bolsa de patatas fritas”. Podría sonar gracioso si no supiéramos lo que anticipaba.

Estoy convencida de que nunca me quisiste. Nos unimos para esconder nuestros miedos, yo los míos, tú los tuyos. Lo hemos hecho tan bien que lo que parecía una forma de cariño era una relación nociva, al menos para mí.

Tú te has ido creciendo en la farsa, pero yo he salido malparada; claro que yo soy más torpe. Para ti siempre he sido torpe, por eso no te cortas y me llamas subnormal, y me descalificas, y me gritas, y me corriges, y me callas...

Lo de la grieta que se abría entre nosotros no es una metáfora, es una grieta que se ha ido ensanchando hasta convertirse en un vacío insalvable: de esa pareja feliz que proclamas solo quedan escombros. Tus desprecios, la desconsideración... tu egoísmo, en suma, me ha cubierto de una capa que me hace impermeable a ti.

No te oigo. No te veo. No te siento. Ya no siento tu cuerpo, ni siquiera cuando te subes encima de mí y me penetras y entre jadeos me dices “¡te quiero!” Tú te satisfaces, pero yo me desangro. Tengo que parar la hemorragia.

TERCER PREMIO



II CERTAMEN DE RELATO BREVE 2019

PROTAGONISTA

Margarita del Brezo Gómez Cubillo

Hoy hace justo una semana que instauraron unas prácticas nuevas en la facultad y han tenido tanto éxito que ya no queda ni una sola plaza para este cuatrimestre. ¿Que en qué consisten? Pues en visitar la mente de los demás. Pero no realizando test o terapias, no: visitas, visitas.

Antes de apuntarse es obligatorio firmar un contrato de confidencialidad y una declaración jurada en la que te comprometes a mirar, pero no a plagiar. Además, el hecho de participar en las prácticas supone la aceptación de que tu mente sea visitada por otros estudiantes.

Los voluntarios que ceden sus mentes se clasifican en distintas categorías atendiendo estrictamente a su profesión; nada de tener en cuenta variables tales como el tamaño del superyo, las relaciones de apego o a qué edad alcanzó el estadio de las operaciones concretas, por mencionar solo algunas. Así se evita que vayamos predispuestos o prejuiciosos.

Partimos de la premisa de que las mentes serán muy distintas según las tareas que realicen: no será lo mismo la mente de un paracaidista que la de un copiloto de coches fúnebres que la de un político en campaña electoral, por ejemplo, así que lo primero que hay que hacer es seleccionar una categoría. Hay una amplia variedad y, según consta en el programa, irán añadiendo otras nuevas a medida que aumente el número de voluntarios.

La duración máxima de la visita es de una hora ya que más allá de los sesenta minutos la atención no atiende a razones por muy mentales que estas sean. También se ofrecen facilidades para los que son de fuera, tienen créditos pendientes o necesitan conciliación, como hacer visitas de media hora. Si además las haces en categorías diferentes, te premian con diez minutos extra en una de ellas en plan refuerzo a la diversificación.

Para probar elijo a una mujer que limpia castillos en el aire. Tiene el pelo largo y el cuerpo tatuado con polvo de estrellas. Al ser mi primera vez, me enredo con su melena al entrar y me lanza una serie de imprecaciones que no me alcanzan por muy poco.

Ahí dentro está todo muy oscuro y tengo que detenerme unos segundos para acostumbrarme a su tonalidad mental. Solo entonces me atrevo a caminar por su cerebro sin temor a ser aplastada por alguna conexión sináptica.

Doy un par de vueltas y levanto circunvoluciones para que no se me pase nada por alto, pero su mente es bastante limitada y aburrida. A los diez minutos está todo visto. ¡Qué decepción!

Para quitarme el mal sabor de boca decido hacer la segunda visita del tirón, pero esta vez me desplazo hasta la categoría de escritores, que tienen mucha imaginación —mi sueño es especializarme en imaginación—; sin embargo, me arrepiento en cuanto veo las colas interminables. No obstante, como ya me había hecho a la idea, pido la vez para una cabeza con una inmensa calva, —no quiero enredos en esta ocasión—, y busco un sitio a la sombra para esperar mi turno.

Antes de llegar a sentarme en el suelo, noto como si alguien intentara entrar en mi mente. Lo supongo porque me pica la nuca de forma insistente, aunque quizá lo único que me pica sea la curiosidad. Pero no.

Calculo que pasan poco más de dos minutos durante los cuales no paro de rascarme y de preguntarme por qué alguien me habrá elegido a mí hasta que ese Alguien se apea de mi cabeza y me mira con una expresión de horror que me hace palidecer. «¡Menudo susto!», exclama. Y continúa hablando, cada vez más alto, mientras se aleja sin atreverse a darme la espalda: «Estás hueca, deberías ponerte un cartel de aviso a la entrada porque he metido la pata hasta el fondo y, como no hay por dónde agarrarte, casi me mato; menos mal que no eres muy profunda...».

Por suerte está ya lo suficientemente lejos como para no seguir escuchándolo. Aun así, siento que estoy a punto de entrar en shock por lo que procedo rápidamente a hacer la técnica de relajación de Jacobson hasta que me tranquilizo un poco.

Es mi turno. Esta vez ingreso en la mente del escritor sin enredos ni contratiempos. Estampadas en la duramadre, unas pequeñas antorchas iluminan la gruta, el líquido cefalorraquídeo masajea mis pies y el cerebelo escupe fragmentos de música relajante que huelen a miel.



Me empalaga la miel, y las rimas fáciles, así que camino deprisa para alejarme cuanto antes de allí. Se nota a la legua que este cerebro está muy visitado. Las numerosas huellas han formado un surco por el que transita todo el mundo.

Como yo prefiero disfrutar de lo inexplorado, me lanzo circunvolución a través. No tardo en tropezar con una obsesión pringosa que aparto con bastante asco, y a continuación una manía firme y férrea como un terror infantil me golpea en la rodilla.

Empiezo a sentirme incómoda, además de dolorida, y corro a buscar la salida antes de que sea demasiado tarde. Es entonces cuando la imaginación del escritor me atrapa entre sus garras y me arrastra hacia el fondo. Pataleo. Grito. Le araño. Que soy suya, dice, un personaje de su novela, un mero producto de su imaginación.

Y en ese momento lo entiendo todo. Con las pocas fuerzas que me quedan, tapono sus fosas nasales. Obligado a abrir la boca, aprovecho para escapar. Y corro, no dejo de correr hasta que se acaba esta página.

A partir de aquí seré yo y solo yo la que escriba mi propia historia.

SEGUNDO PREMIO



II CERTAMEN DE RELATO BREVE 2019

EL CONSEJO

Luciano Montero Viejo

Cuando era niño mi padre me dio un consejo que no he podido olvidar. Me lo dio dos veces, pero una de ellas lo hizo vestido con traje y corbata y la otra vez estaba en bata y pantuflas.

Siempre me parecía que tenía dos padres, el que vestía de calle para irse a trabajar y el que estaba en casa por la noche en plan doméstico, y cada uno de ellos era diferente, no hablaban ni se comportaban del mismo modo.

Aunque mi madre nunca lo dijo, siempre sospeché que ella disfrutaba con la fantasía de acostarse con dos hombres diferentes. Yo tampoco expresé nunca esa sospecha, porque los niños aprenden pronto a guardar para sí una parte de sus pensamientos, precisamente los más sustanciosos.

El padre al que podríamos llamar matutino era solemne y categórico, un hombre que cuando hablaba subía el pan, sobre todo si decía las cosas con el maletín en la mano, taconeando por el pasillo, con un pie ya en la puerta de la calle, camino de su despacho. El de las pantuflas en cambio era hogareño y bonachón. A mí me parecía que, como las pantuflas no le permitían pisar fuerte, eso le impedía autoafirmarse, como que se desinflaba, como que perdía empaque.

Lo cual tenía sus ventajas, porque podías encontrarte con que el hombre que por la mañana decía “para esta noche quiero bien aprendida la tabla del siete”, luego, tras la cena y en pantuflas, ya se había olvidado de la orden o bien decía: “bueno, bueno, has tenido dos fallos, no es nada, hala, bébete la leche y a dormir”.

Esto favorecía que yo no me tomase muy en serio a ninguno de los dos. Pero ocurrió que ese consejo del que hablé al principio, ése que no he podido olvidar, me lo dio en sus dos encarnaciones. El consejo fue el siguiente: “Hijo mío, todas las profesiones son buenas, pero en aquella que elijas, tienes que ser el mejor”.

En su versión trajeada me lo dijo con un estilo tonante, ahuecando aquella voz de barítono. Esa misma noche, ya transfigurado en bonancible progenitor, me lo repitió con un talante confidencial y entrañable. Que mis dos padres coincidiesen en algo era una cosa insólita, y mi mente infantil debió de quedar señalada, ya que ese consejo ha marcado mi vida.

La primera idea que tuve fue emular a dos ídolos que estaban de moda en aquella época enloquecida. Se llamaban Messi y Cristiano Ronaldo. El equipo de fútbol del colegio tuvo en mí a un jugador que se expresaba en los entrenamientos con un espíritu estajanovista impropio de su tierna edad. Mi padre acudió a algunos partidos a verme jugar, pero cuando dejó de ir sospeché que algo no iba bien.

Mi equipo quedó el último en la liga escolar y tuve una crisis que se sumó a las diversas crisis de identidad y otras congojas que son propias de la pubertad, según los psicólogos más acreditados. Fueron años duros.

El placer de mis primeras poluciones, las involuntarias y las que yo me provocaba con entusiasmo, resultó enturbiado por un prematuro sentimiento de indignidad. Ignoraba qué iba a ser de mi vida, en qué iba a poder yo destacar, víctima como era del mencionado designio paterno.

Con esta desazón transcurrió mi adolescencia. Había días en que no sabía de qué árbol ahorcarme. Terminé el bachillerato sin tener una vocación definida. Una mañana de septiembre amanecí conmovido por una inspiración repentina.

Seré abogado, me dije, tocado por el palpito de que era ésa una profesión en la que podría obtener éxitos resonantes con los que deslumbrar a mi progenitor. Abogado yo, que tartamudeaba si tenía que preguntar por una dirección a un desconocido.

Seguro que fui el alumno que más codos les echaba a los temibles tomos de derecho romano, penal, civil y procesal. Sólo obtuve al final de la carrera un número discreto en mi promoción. Ya en el oficio, no vi cumplidos mis sueños de protagonizar los juicios más mediáticos, sacando de apuros a los numerosos políticos corruptos que por esa época asolaban el país. Consumí unos cuantos años desempeñando turnos de oficio, defendiendo con desigual fortuna a rateros de poca monta.



Aunque mi padre no se mostraba abiertamente decepcionado, tampoco manifestaba entusiasmo por mi desempeño profesional. Mantenía una prudente reserva. En cualquier caso, aquel temprano consejo seguía retumbando en mis oídos, así que decidí dar a mi destino un golpe de timón: puse mis ambiciones en el circo.

Con un padre notario, mi tradición circense era nula, pero mis pies empezaban a dejar de pisar tierra firme. Y no sólo en sentido figurado, ya que quise hacerme trapequista. El circo era ya entonces una cosa decadente, en vías de extinción, acosado por las sociedades animalistas y por la indiferencia de la sociedad, que había encontrado otros modos de entretener sus ocios.

Debido a la escasez de vocaciones y además por mis ruegos insistentes me admitieron a prueba en un circo cuyas lonas raídas y remendadas albergaban viejos leones desdentados y bailarinas entradas en carnes.

Mis patéticos intentos de aprender el oficio fueron tolerados algún tiempo por un director paternal y unos compañeros benevolentes, pero la realidad se impuso, y aún me sentí afortunado de que la aventura me dejase como balance sólo dos o tres huesos rotos.

Los veinte o treinta años siguientes los he pasado dando tumbos en un carrusel de ocupaciones múltiples, difícil de abarcar por la imaginación del ciudadano medio. Así he llegado, avanzada la cincuentena, a este lluvioso domingo de noviembre en que me encuentro dando sepultura al autor de mis días.

Rodeado de mis parientes, sujetando la gorra con mis manos cruzadas bajo el vientre, con aire compungido como corresponde a la ocasión, escucho a los demás recitar a coro una oración mientras yo, con labios temblorosos, musito para mí:

“Papá, soy el mejor enterrador de este cementerio. Es todo lo que he podido hacer para no defraudarte. Ya puedes descansar en paz”.

PRIMER PREMIO



II CERTAMEN DE RELATO BREVE 2019

CARROUCHO

(CAMINO ESTRECHO Y DE DIFÍCIL TRÁNSITO)

Sara Diz De Frutos

De nuevo estoy frente a aquella puerta verde, tentada de entrar...o de dar la vuelta y no volver. Con la llave en la mano siento el peso del tiempo en mí y en la madera que me enfrenta. Tentada de entrar, pero con el corazón en suspenso. La puerta me observa vacía, hueca, sin nada detrás.

Cogiendo aire no mejora la cosa, las lágrimas se acumulan y traen a la memoria recuerdos intensos de añoranza. Esa puerta guarda sus abrazos, sus besos, sus lánguidas despedidas. El propio ruido de la calle me gira y me traslada a otro tiempo, pero siempre en el mismo lugar.

Alzo la mirada y la fachada me recibe con gritos, siento su dolor tan parecido al mío, quizá más desgarrado, perpetuo.

No quiero entrar porque no estarán, serán vacíos los ecos y aterradoras las esquinas. Me preguntarán los rincones por su vuelta y no tendré valor para contestar sin derrumbarme como los muros desechados de la huerta de atrás.

Un paso a dentro y cien años en la espalda casi me hacen tropezar al entrar. Cierro tras de mí con la necesidad creada en mi infancia de que el mundo se parara contra aquella puerta. Miro al suelo con la sensación de verlo por primera vez y me pierdo en su geometría, buscando cerrar géstalt con los ojos ávidos de pasado.

Primera prueba superada. Estoy dentro. Pero la victoria es amarga y escuece mis entrañas sin piedad. Tentada de irme.

Una imagen de mí niñez pasa por delante de mí corriendo y se aferra fuerte a la barandilla de la escalera que me aguarda delante. Sin darme cuenta una parte de mí quiere seguirla, tirarme por el pasamanos de madera como hicimos tantas veces presintiendo el grito cauto de un adulto.

Abro la mirada del recuerdo y puedo ver la luz entrar por el cristal roto de la entrada abocada a morir en las paredes grises llenas de olas como las de un mar picado.

Puedo sentir y escuchar los pasos del tiempo que eran un milagro en cada una de sus pisadas. Percibo fresco el gotear incesante del agua que se balancea a su ritmo mientras recorre el camino en ascenso por los escalones.

Podría deleitarme con la imagen de sus manos toscas apoyada en la madera mientras se prepara para trepar por cada peldaño, pero un frío intenso me deja sin respiración y me obliga a abrir los ojos.

Allí no hay vida más allá de las redes que se han tejido con el paso de los años. Antes desterradas a los cielos del rellano, hoy se han apoderado de cada uno de los espacios queriendo hacerse sus dueños. Malditos cortinajes que me devuelven al presente sin piedad y me recuerdan que debo atravesarlos si pretendo continuar.

Los listones azules antaño tan cuidados me miran con el asombro del que ve pasar a un muerto. Cada pie en un río turbio de astillas me eleva sin poder remediarlo a enfrentarme con la puerta azul pálido que me ofende con su clausura. Girar la llave se me antoja un revuelo de recuerdos de madrugada, de manos calzadas y susurros en los pies.

La espalda me cuenta al oído que todo sigue en su sitio tras de mí, en cada ir y venir de la escalera. Mi frente se quiere unir a mi reverso al dirigirme hacia el pasillo oscuro y con más puertas por afrontar.

Aquí se acaba mi fortaleza, mi adentro se rebosa y las piernas no quieren sostenerme. Hay un exceso insoportable de soledad y de querencia, de morriña y de lar en aquel punto del planeta situado en el tiempo más que en el espacio.

Con suavidad acaricio los cristales de una barrera que no logro atravesar. Miro como una extraña la estancia que albergó tantas historias sin poder apartar la mirada de sus sillas vacías, resonando en cada rincón de mi mente sus voces añoradas. Y allí, a lo lejos, oteo esa cubierta llena de estrellas y lobos que daba vistas a un mar verde que alimentaba nuestra infancia. Tentada de no avanzar.



Llego al centro del universo para comprobar que mi corazón se ha parado. Que ya nada queda allí para mí o los míos en ese cuarto estrecho arropado por mantas que ya no abrigan y ventanas que ya sólo quieren mirar hacia dentro.

Aún permanecen retazos de su olor y me contengo para no abrir los armarios buscando presencia en las blusas blancas o en las sayas oscuras, en las botas de gigante deformado o en las camisas de herencia ascendente. No quiero mirar porque sólo tengo capacidad para respirar a sorbos, sobrecogida por el poder inmenso que mantiene en pie los cimientos y los dinteles.

Ya no hay calas blancas, ni fuego que ahúme las paredes...ni siquiera ruidos que se me antojen familiares. Cuando se fueron se llevaron con ellos toda la belleza que emanaba este hogar. Tentada de no volver a pesar del deseo terrible de querer quedarme para acompañar a mis recuerdos en su lánguido grito de desesperación.

Salgo a la calle, el mundo sigue voraz hacia delante. Casi con dolor físico cierro buena parte de mi infancia tras de mí sin lograr consolar mi llanto. Sin lograrlo, sin intentarlo siquiera, dejando que el río que surca mi rostro honre sus recuerdos.

Y ahora ese mundo me parece grosero, irreal por empujarme a seguir girando como si parte de mi vida no se hubiera quedado al pie de aquella cama vacía.

RELATOS PRESENTADOS AL CERTAMEN

Luz en la oscuridad

Nuevo y bello amanecer

Uno más uno no son dos

Un giro de 100 kg

El aburrimiento

Maldito alzheimer

Inés

El olfato

Ya no me queda nada que hacer

Recuerdos

Carroucho (Camino estrecho y de difícil tránsito)

Buda en la línea cinco

Primavera de senectud y estúpidos versos congelados

Redención

De la dificultad de ser mujer

Moderneces

Dale un giro a tu vida

Carla y Lisboa

Déjate sorprender

La sombra

Distancia

Trenes de ida y vuelta

La psicóloga pitonisa

Otiti, la niña descalza

Introspección

Y apareces

Maldito miedo

El gran giro de mi vida

Ganar

Seis latas

Sadland

Desde la ventana

Una historia de amor

Promesa cumplida

¿Casualidad o causalidad?

El tiempo cura, la vida pasa

Palomas de pueblo, palomas de ciudad

El Consejo

Mi héroe

Tizona

Protagonista

El instante

La cita

Musa Mohamed Isidro

Benito López -Andrada

M^a Esther Gómez Rubio

Loreto Barrios Rodríguez

Rafael Delgado Campos

Esteban Cañamares Medrano

David Peris Delcampo

M^a Luisa Alvarez Molins

Genoveva Sánchez Casillas

Carmen Lidia García Huerta

Sara Diz de Frutos

Carmen Linares Miquel

Susana Vázquez Rivera

Emiliano de la Cruz García

María Francisca (Noemí) Tovar Carretero

César A. García Beceiro

Ángel Marín Tejero

Sergio Navazo Algora

Roberto Oraá Baroja

Carmen M^a Gómez Rivas

José María Grande González

Antonio Pamos de la Hoz

Ruth Pérez Enríquez

Daniel Muñoz Marrón

Olaya Rodríguez Sánchez

Concepción Botillo Pérez

José Antonio Vallinot Rodríguez

Alfonso Medina Arroyo

Gustavo Ruiz Llaveró

Rosa Collado Carrascosa

Marta San Román Múzquiz

Mar López Fernández-Pacheco

José Blanco Ezquerro

Carmen de la Torre Serrano

Silvia Casas Ponce

Leticia Rodrigo Muñoz

Xabier Ander Soto Goñi

Luciano Montero Viejo

Sergio Benavides Robredo

Rodolfo Gordillo Rodríguez

Margarita del Brezo Gómez Cubillo

Raquel Tomé López

Robert Fernández García

**DALE
UN
GIRO
ATU
VIDA**

